

---

## LA ORIGINALIDAD: ENTRE LA RELEVANCIA Y EL INGENIO

GUSTAVO CAPONI

Il n'y a point de sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit.  
La Rochefoucauld

Más allá de cualquier cuestión jurídica, que aquí no me interesará discutir, y más allá de la ambigüedad que las palabras 'plagio' y 'cita' puedan conllevar, lo cierto es que la originalidad es un valor reconocido. Eso es así tanto en el plano de la ciencia, de la filosofía y de las humanidades en general, como en la esfera, amplia y heterogénea, de las artes. Para que un *paper* de biología molecular pueda ser publicado se exige que, además de estar metodológica y teóricamente bien fundamentado, sea también original. Para que una tesis de doctorado en filosofía pueda ser exitosamente defendida, se espera que ella esté bien asentada en la bibliografía pertinente y que también constituya una *contribución original*. Algo semejante ocurriría en el caso de la historia: fuentes primarias y secundarias deben servir de base para sostener o desarrollar una tesis que también merezca ese calificativo. En las prácticas artísticas, en cambio, el lugar que el rigor metodológico y el enraizamiento en el saber establecido tienen en la práctica teórica, parece estar ocupado por el dominio de las técnicas que, en cada caso, sea pertinente aplicar. Pero allí también se espera, y se aplaude, que el resultado de esa aplicación sea mínimamente original.

Claro, no es lo mismo la obtención de un resultado original en matemáticas que la obtención de un resultado original en biología molecular. Tampoco es lo mismo desarrollar un argumento para sostener una solución posible para un problema filosófico, que fundamentar un punto de vista original sobre cualquier hecho o proceso histórico. Así como no es lo mismo evitar lo muy trillado, técnica o temáticamente, en el dominio de la ficción, para así acceder a la originalidad en ese campo, que alcanzar esto último en el dominio de la crítica literaria. Más aún, todas esas actividades son tan diferentes que uno podría muy bien sospechar que aquello que, en cada caso, se está queriendo decir con 'originalidad' no es lo mismo.

El recurso a una muy conocida imagen de Wittgenstein puede permitirme salir relativamente bien de la cuestión —*airosos* podríamos decir—

si afirmamos que las distintas formas de la originalidad que he apuntando sólo guardan entre sí un cierto *aire de familia*. Ellas no son manifestaciones de ninguna esencia de la *originalidad*, y por eso tampoco son asimilables a cualquier concepto unificador de aquello que consideremos original. No creo que sea así. La noción de *originalidad* no es tan difícil de delimitar. Puede asimilarse a lo inédito y lo novedoso, y para reconocerla, evitando sus imposturas, nos basta con la erudición o con un buen banco de datos. En realidad parece una noción más elusiva porque, por lo general, nos valemos de ella para aludir, y encomiar, algo que la excede en complejidad y en importancia: me refiero a la *relevancia*.

Con el calificativo de “original” designamos aquello que es efectivamente valorado, la relevancia, apuntando —ya veremos por qué— a una de sus posibles características accidentales y no a su especificidad. Elogiamos un trabajo diciendo que es original cuando queremos decir que se trata de una contribución relevante. Apelamos a una virtud *forense*, o ética, para referirnos a una virtud cognitiva o *dianoética*. Dudo en decir esto en lo que atañe a las producciones artísticas, desde la plástica a la narrativa, incluyendo la música y la danza, porque podría estar pasando por alto algunos matices y particularidades importantes. Si hacemos esa salvedad, se podría llegar a pensar que, al ser usado para enaltecer la *relevancia*, el calificativo *original* acabó ocultándonos la importancia de esta última condición. En algunas provincias de nuestro universo nociónal o axiológico, aunque tal vez solamente en el plano ritual o ceremonial de esos dominios, la originalidad usurpó el lugar que es propio de la relevancia. Rendimos culto a la originalidad cuando queremos reivindicar la relevancia. Es decir, invocamos una virtud menor cuando queremos enaltecer una mayor y esa *licencia retórica*, propia de los púlpitos, termina confundiéndonos.

Por eso, para no dejarnos confundir por esa superposición o desplazamiento, y para entender mejor qué es lo que quiere decirse cuando se habla de originalidad en matemáticas, en ciencias empíricas, e incluso en disciplinas *humanísticas*, como la filosofía, la historia y la crítica literaria, debemos asumir que, en esos contextos, lo verdaderamente elogiado, lo realmente valorado, lo genuinamente aplaudido es —o debería ser— la relevancia, aunque, metonímicamente, sólo se la designe en virtud de una de sus notas más comunes: la originalidad. Quiero decir que es la relevancia lo que importa y no necesariamente la originalidad. Esta última o bien es un resultado de aquélla, o bien ella es algo mucho menos valioso que la propia relevancia. La originalidad es, me atrevo a decirlo, una virtud parasitaria. La relevancia no sólo es anterior y más importante que la originalidad, sino que es mucho más difícil de alcanzar y aun de detectar.

Con todo, como concepto no es difícil de delimitar. Aunque no existan criterios generales para determinar la relevancia de un resultado científico o de una argumentación filosófica, creo que en el dominio de las ciencias

y de las humanidades —ya dije que no estoy considerando las actividades artísticas— existe una idea general, compartida, de lo que la relevancia es. Apuntar un problema o una dificultad antes inadvertida, mostrar el posible desarrollo de una tesis, o consecuencias suyas que puedan traer luz para alguna temática que antes no se reconocía como directamente conectada con el contexto en el que esa tesis había surgido, son movimientos de ideas que siempre hemos de considerar como relevantes. Ni qué hablar de proponer una solución mínimamente plausible para un problema ya percibido, o proponerla para un problema no visto pero que conseguimos mostrar como una dificultad mercedora de una posible solución.

En realidad, la idea de *relevancia* está indisolublemente vinculada a la de *problema*; es seguro que no lo está a la de *misterio*. Una tesis, un dato, una interpretación, una pregunta, es relevante en la medida en que pone en evidencia un problema o contribuye, aunque sea mínimamente, a su solución. Los misterios, insolubles por definición, no conducen a la relevancia, y siempre son una buena coartada para justificar su ausencia. Ese es otro asunto. Lo que yo quiero subrayar es que es inevitable que la relevancia conlleve originalidad. Solucionar un problema genuino exige descubrir o proponer algo que nadie había descubierto o propuesto. Caso contrario, y esto es verdad de Perogrullo, el problema en cuestión ya hubiese estado resuelto. Y lo mismo vale para cualquier pequeña contribución que hagamos en pro de esa solución. Aunque no sea decisiva, si es una verdadera contribución tendrá que ser original. Ella sólo será relevante porque es una pieza, antes faltante, que aporta algo, aunque sea mínimo, en la construcción de un rompecabezas.

Esta última es, incluso, la única relevancia que puede encontrarse en la mayor parte de la producción científica; esa que abarrotó los *journals*. Ahora bien, ella puede estar ausente de esa producción: un dato inédito, aunque muy poco sorprendente dado el universo de las teorías y hechos ya establecidos, puede dar lugar a un *paper* original pero totalmente irrelevante, aun cuando esté publicado en una revista de *alto impacto*. Muchas carreras científicas están cimentadas en esa menesterosa irrelevancia de *alto impacto*, que no deja de ser una irrelevancia impactante. La originalidad, ahí lo vemos con claridad, siempre acompaña a la relevancia pero puede presentarse sola, y entonces pierde mucho del encanto que tiene cuando se presenta asociada con la relevancia.

Una combinación ingeniosa e inesperada de ideas puede ser original. Todo nuevo chiste realmente gracioso lo es, lo que no quiere decir que sea relevante. La gracia puede prescindir de la relevancia. Eso es algo ya asumido. Lo que nos incomoda reconocer es que la originalidad pueda llevarnos a la irrelevancia. Debemos aceptarlo. Hoy, comparar dos autores que nadie antes había puesto uno al lado del otro puede llegar a darnos un doctorado en filosofía que nadie objetará por su falta de originalidad,

y esa comparación hasta puede ser pertinente; si los dos autores se refirieron a los mismos asuntos, nadie diría lo contrario. Aún así, eso no significa que la comparación sea relevante. Si ella no contribuye a la discusión de los asuntos tratados por los autores analizados, o si ni siquiera aclara nada sobre el pensamiento de alguno de ellos, la tesis será olvidada por irrelevante, aun cuando sea aprobada con elogios por su erudición y *rigor comparativo*.

En este sentido, un honesto manual de filosofía que consiga explicar los asuntos en él abordados, que supere dificultades de exposición que los otros no supieron resolver, o que muestre nuevas conexiones de sentido entre autores, o entre tesis y problemas que sean realmente iluminadoras y aclaratorias, puede ser altamente relevante, aun cuando su originalidad no sea tan notoria. La misma no puede dejar de estar presente en un trabajo que tenga tales virtudes; su novedad está, justamente, en superar esas dificultades de exposición o en apuntar esas conexiones antes desapercibidas. Nuestras instituciones deberían buscar formas de premiar esos esfuerzos *didácticos*, que pueden dar lugar a verdaderas contribuciones teóricas. El esfuerzo por ser claro, el esfuerzo por iluminar lo que todavía no parece satisfactoriamente claro es, por otra parte, el mejor camino hacia un resultado filosófico original y relevante. Es mejor invertir esfuerzos ahí que en las producciones irrelevantes que el culto equívoco de la originalidad lleva a estimular y a premiar. Y aquí no puedo dejar de pensar en esos casos en donde la irrelevancia se encubre con la oscuridad que suele acompañar a ciertas pretensiones de profundidad.

Cabe señalar que tampoco se llega a la relevancia sin algo de ingenio. Para avizorar un problema no visto, para entrever una posible solución a una dificultad ya reconocida, o incluso para descubrir la posibilidad de un mínimo aporte a esa solución, hay que tener una dosis, mayor o menor, de ingenio; una cierta capacidad de ver conexiones de sentido que otros no vieron. Aun así, eso no alcanza. Los productos del mero ingenio tienen que pasar por el filtro que discrimina lo relevante de lo irrelevante. Ahí surgirá la originalidad que realmente importa: esa que no es mera novedad. Esa originalidad, que algunos querrán calificar, quizá con razón, como la *verdadera originalidad* es que está indisolublemente asociada a la relevancia. La otra, se podría decir, es puro ingenio. Algo que puede ser tan cansado como esos contadores de chistes a repetición que suelen acecharnos en las *reuniones de camaradería* que organizan las empresas y en los encuentros de egresados en los que por indolencia solemos caer.